

## 4 EL ÁRBOL DE SICOMORO

### JUNGKOOK

Amo ver a mi papá pintar. O en realidad, amo escucharlo hablar mientras pinta. Las palabras siempre salen suaves pero de alguna manera fuertes cuando frota los pinceles contra las capas del paisaje. No triste. Cansado, tal vez, pero calmado. Mi papá no tiene un estudio ni nada así, y desde que la cochera está llena de cosas que todo mundo piensa que necesita pero nadie usa, él pinta afuera. Afuera es donde están los mejores paisajes, solo que no están ni un poco cerca de la casa. Así que lo que hace es mantener una cámara en la camioneta. Su trabajo de albañil lo lleva a muchas diferentes locaciones, y siempre está atento para encontrar un gran amanecer o atardecer, o incluso un claro campo con ovejas o vacas. Entonces toma una de las fotos, lo pone encima del caballete y lo pinta. Los paisajes quedan bien, pero siempre he sentido un poco de lástima hacia él, tener que pintar hermosas escenas en nuestro patio trasero, el cual no es exactamente pintoresco. Nunca fue realmente un patio, pero después de que comenzamos a criar gallinas, las cosas no mejoraron. Papá no parece estar observando el patio o las gallinas cuando está pintando. Aunque, tampoco parece estar viendo la foto o el lienzo. Es algo mucho más grande. Tiene esta mirada en sus ojos en la que parece que ha traspasado el patio, el vecindario, el mundo. Y mientras sus grandes y callosas manos tocan el lienzo con su pincel, es como si su cuerpo estuviera poseído por alguna gracia espiritual. Cuando era pequeño, mi papá me dejaba sentarme a lado de él en el pórtico mientras él pintaba, siempre y cuando me mantuviera callado. No era fácil para mí estar callado, pero me di cuenta de que después de cinco o diez minutos sin decir nada, él comenzaba a hablar. Aprendí mucho sobre mi papá de esa manera. Él me contaba toda clase de historias sobre las cosas que había hecho cuando tenía mi edad, y otras cosas también, como cuando consiguió su primer empleo repartiendo heno, y cómo deseaba que hubiera terminado la universidad. Cuando comencé a crecer, todavía seguía hablando acerca de él y su infancia, pero también empezó a preguntar cosas acerca de mí. ¿Qué estábamos aprendiendo en la escuela? ¿Cuál libro estaba leyendo? Lo que pensaba acerca de esto y lo otro. Entonces una vez me sorprendió y me preguntó acerca de Jimin. ¿Por qué estaba tan enamorado de él? Le conté acerca de sus ojos y su cabello y la manera en la que sus mejillas enrojecían, pero creo que no lo expliqué bien porque cuando terminé de hablar, papá sacudió su cabeza y me dijo en suaves y fuertes palabras que tenía que empezar a contemplar el paisaje completo. No sé exactamente qué quiso decir con eso, pero me hacía querer discutir con él. ¿Cómo podría entender lo que decía acerca de Jimin? ¡No lo conocía! Pero este no era el lugar para discutir. Esos lugares estaban dispersados por la casa, pero no aquí afuera. Los dos nos quedamos callados por un periodo de tiempo antes de que besara mi frente y me dijera:

—La iluminación correcta lo es todo, Jungkook —¿Iluminación correcta? ¿Qué se supone que quería decir eso? Me senté ahí, pensando, pero tenía miedo de que por preguntar estaría admitiendo que no tenía la madurez suficiente para entender, y por alguna razón se sentía obvio. Como si debiera entender. Después de eso él ya no hablaba tanto de eventos como lo hacía de ideas. Mientras más crecía, más filosófico se volvía. No sé si en verdad se estaba volviendo más filosófico o si pensaba que ahora que ya tenía una edad de dos dígitos podría entenderlo. La mayoría de las cosas de las que me hablaban flotaban alrededor de mí, pero de vez en cuando algo

pasaba y entendía exactamente qué era lo que quería decirme —Una pintura es más que la suma de sus partes —me dijo una vez, y luego me explicaría como es que una vaca por sí misma solo es una vaca, como el prado por sí mismo es solo pasto y flores, y como el sol que sale de entre los árboles es solo un rayo de luz, pero júntalo todo y obtendrás magia. Entendí lo que estaba diciendo, pero nunca me sentí así hasta que un día estaba arriba del árbol de sicomoro. El árbol había estado en lo alto de la colina siempre. Estaba en un gran espacio vacío, dando sombra en el verano y era un lugar donde las aves podían hacer sus nidos en primavera. Tenía un tronco empotrado para nosotros, también. Su inclinación iba encima de él y alrededor en casi una espiral completa, y era muy divertido para montarse ahí. Mi mamá me dijo que tal vez el árbol había sido dañado mientras crecía, y ahora, quizás unos cientos de años después, seguía aquí, el árbol más grande que ella había visto.

—Un testimonio de resistencia —Así lo llamó. Siempre había jugado en ese árbol, pero no tomaba en serio eso de treparme hasta el quinto grado, cuando subí por una cometa que estaba atrapada en las ramas. Al principio noté que la cometa estaba flotando por el aire y entonces me di cuenta que estaba cayendo en picada en algún lado de la punta del árbol de sicomoro. He volado cometas antes y sé que a veces se van para siempre, y a veces solo esperan en el medio de la nada para ser salvadas. Las cometas pueden ser suertudas o pueden tener mal temperamento. He tenido cometas de las dos clases, y definitivamente vale la pena perseguir una cometa suertuda. Esta cometa me parecía suertuda. No era nada ostentosa, solo era una anticuada cometa diamante con líneas azules y amarillas. Pero era un poco torpe a lo largo de un modo amistoso, y cuando cayó por zambullida, pareció estar agotada. Las cometas con mal humor se caen solo por despecho. Ellas nunca se cansan porque no se quedan arriba tanto tiempo. Treinta pies arriba, ellas solo te sonrían con satisfacción y se deshacen por diversión. Así que Gureum y yo corrimos hacia la calle de Collier, después de explorar el camino. Gureum empezó a ladrarle al árbol de sicomoro. Miré hacia arriba y también la vi, brillando azul y amarillo a través de las ramas. Era un largo camino hacia arriba, pero pensé que lo intentaría. Miré hacia arriba, tomé un atajo a través de las ramas y empecé a escalar. Gureum me cuidaba desde abajo, ladrándome todo el tiempo, y pronto estaba más alto de lo que jamás había estado. Pero la cometa parecía estar mucho más lejos. Entonces debajo de mí, noté que estaba Jimin viniendo hacia el espacio vacío. Y pude notar por la manera en la que estaba mirando hacia arriba que esa era su cometa. ¡Qué suertuda, suertuda cometa era esta!

—¿Puedes escalar tan alto? —me dijo.

—¡Claro! —le dije. Y tan alto como pude fui. Las ramas eran fuertes, con las suficientes intersecciones que se necesitan para escalar. Y entre más alto llegaba, más me impresionaba la vista. ¡Nunca había visto algo como esto! Era como estar en un avión, arriba de todos los techos, arriba de todos los árboles. ¡Arriba del mundo! Entonces miré hacia abajo. Donde estaba Jimin. Me sentí mareado y débil en las rodillas. ¡Estaba a millas del piso! Jimin me gritó:

—¿Puedes alcanzarla? —Respiré y me las arreglé para contestar.

—¡Sin problema! —entonces me obligué a mí mismo a concentrarme en esas líneas azules y amarillas, en concentrarme en eso y solo en eso mientras trepaba arriba, arriba, arriba. Finalmente la toqué; la agarré; ¡tenía la cometa en mis manos! Pero la cuerda estaba atascada en las ramas y parecía que no podía jalarla. Jimin dijo:

—¡Rompe la cuerda! —y de alguna manera me las arreglé para hacer eso. Cuando la cometa estaba libre, necesité un minuto para descansar. Para recuperarme antes de empezar a bajar. Así que en lugar de enfocarme en el suelo debajo de mí, agarré fuertemente y miré hacia afuera. Hacia donde estaban los techos. Ahí fue cuando el miedo de estar tan alto empezó a afectarme, y en este momento fue cuando llego la increíble sensación de que estaba volando. Solamente flotando por arriba de la tierra, navegando a través de las nubes. Entonces empecé a notar cuán hermoso olía la brisa. Olía como... atardecer. ¡Como el atardecer y el pasto salvaje y granadas y lluvia! No podía dejar de respirarlo, llenando mis pulmones una y otra vez con el olor más dulce que alguna vez había conocido. Jimin me gritó —¿Estás atrapado? —Eso me trajo de vuelta a la realidad. Miré hacia abajo cuidadosamente, con las estimadas cuerdas en las manos, mientras me las arreglaba en mi camino hacia el piso, pude ver a Jimin dando vueltas alrededor del árbol, mirándome para ver si estaba bien. Cuando llegué hasta abajo, la emocionante sensación que había tenido en el árbol, estaba cambiando cuando me di cuenta de que de Jimin y yo estábamos solos. ¡Solos! Mi corazón estaba latiendo positivamente cuando le di su cometa. Pero antes de que él pudiera tomarla, Gureum me alcanzó por atrás y pude sentir su fría y húmeda nariz contra mi piel. ¡¿Contra mi piel?! Volteé a ver mis pantalones por atrás y me di cuenta que tenían un agujero enorme. Jimin se rio con una risa nerviosa, así que me di cuenta que él sabía, y por esta vez mis mejillas eran rojas como betabel. Él tomó su cometa y se fue corriendo, dejándome para analizar el peligro. Eventualmente superé la vergüenza de mis pantalones, pero nunca pude superar esa vista. Seguía pensando en cómo se sentía estar tan alto. Quería verlo, quería sentirlo, una y otra vez. No paso mucho tiempo antes de que se me quitara el miedo de estar tan alto y encontrara el lugar que sería mi lugar. Podría sentarme ahí por horas, solamente mirando al mundo. Los atardeceres eran increíbles. Algunos días solían ser morados y rosas, otros días eran como un abrasador naranja, prendiéndole fuego a las nubes en el horizonte. Fue en un día como ese en el que la frase de mi papá sobre lo de que un entero era más que la suma de sus partes, se movió de mi cabeza a mi corazón. La vista desde el árbol era más que techos y nubes y viento y colores combinados. Era magia. Y me empecé a maravillar por cómo me podía sentir humilde y majestuosamente al mismo tiempo. ¿Cómo era eso posible? ¿Cómo podía estar lleno de paz y al mismo tiempo maravillado? ¿Cómo es que este árbol me hacía sentir tan complejo? Tan vivo. Subía al árbol en cada oportunidad que tenía. Y en la secundaria eso pasaba casi todos los días porque nuestro autobús nos recogía en la calle Collier, justo en frente del árbol de sicomoro. Al principio solo quería ver que tan alto podía subir al árbol antes de que el autobús llegara, pero rápidamente estaba saliendo de mi casa más temprano solo para poder ver el amanecer en mi lugar, o a las aves volar, o solo a los otros niños converger en la parada. Traté de convencerlos de que se subieran conmigo, incluso en pequeñas maneras, pero todos parecían estar preocupados por ensuciarse. ¿Rechazaban la oferta de sentir magia por el pequeño miedo de ensuciarse? No podía creerlo. Nunca le dije a mi mamá acerca de que me trepaba al árbol. Siendo una verdadera sensible adulta como era ella, me diría que era demasiado peligroso. Mis hermanos, siendo mis hermanos, no les hubiera importado. Eso dejaba a mi papa. La única persona que sabía que podía entender. Pero de todas maneras, tenía miedo de decirle. Él le diría a mi mamá y muy pronto insistirían en que me detuviera. Así que me mantuve callado, y seguía subiendo, y sentía algo como una alegría solitaria mientras veía el mundo. Entonces, hace unos meses, me encontré a mí mismo hablando con el árbol. Una conversación completa, solo el árbol y yo. Y cuando bajaba sentía ganas de llorar. ¿Por qué no tenía a nadie real para hablar? ¿Por qué yo no tenía un mejor amigo como todo el mundo? Claro que

había personas que conocía en la escuela, pero no era cercano a ninguno de ellos. No tenían interés en subir al árbol. En oler el sol. Esa noche después de cenar mi papá salió a pintar. En el frío de la noche, debajo del fulgor de la luz del pórtico, salió a ponerle los detalles finales a un amanecer en el que había estado trabajando. Tomé mi chaqueta y salí a sentarme a lado de él, silencioso como un ratón. Después de unos minutos, dijo:

—¿En qué estás pensando, cariño? —De todas las veces que me había sentado a fuera con él, nunca me había preguntado eso. Lo miré pero parecía que no podía hablar. Él mezcló dos tonos de naranja juntos, y muy pidió suavemente —Háblame —Suspiré tan alto que hasta yo me sorprendí.

—Entiendo por qué sales aquí, papá —Él intentó bromear.

—¿Te importaría explicarle a tu mamá?

—En serio, papá. Ahora entiendo eso de que un entero es más que la suma de sus partes —Él se detuvo.

—¿Lo entiendes? ¿Qué pasó? ¡Cuéntame! —Así que le dije sobre lo del árbol de sicomoro. Acerca de la vista, y de los sonidos, y de los colores y el viento y como era que estar tan alto te hacía sentir como si volaras. Se sentía como magia. No me interrumpió ni una vez, y a la mitad de mi confesión, lo volteé a ver y le susurré:

—¿Subirías conmigo? —Él pensó en eso por un buen tiempo, luego sonrió.

—Ya no funciona mucho para escalar, Jungkook, pero trataré, claro. ¿Qué te parece este fin de semana? Cuando tenemos mucha luz del sol para trabajar.

—¡Genial! —Me fui a la cama tan emocionado que no creí que fuera a dormir más de cinco minutos en toda la noche. El sábado estaba a la vuelta de la esquina. ¡No podía esperar! La mañana siguiente corrí a la estación del autobús temprano y subí al árbol. Alcancé a ver el sol saliendo a través de las nubes, lanzando rayos de fuego desde un fin del mundo hasta el otro. Y estaba a la mitad de mi lista mental de todas las cosas que le enseñaría a mi papá cuando escuché un ruido abajo. Miré hacia el piso, y abajo de mí habían dos camiones estacionados. Grandes camiones. Uno de ellos era un remolque, un tráiler vacío y el otro tenía un recolector, el tipo de recolector que usaban para colocar la luz y los postes del teléfono. Habían cuatro hombres parados platicando, tomando directo de termos, y casi les grito desde arriba “Lo siento, pero no se pueden estacionar aquí... ¡Es la parada del autobús!”, antes de que pudiera hacerlo, uno de los hombres empezó a sacar sus herramientas. Guantes. Cuerdas. Una cadena. Orejeras. Y después motosierras. Tres motosierras. Y aun así no lo entendí. Y seguía mirando alrededor tratando de descifrar que era lo que querían cortar. Entonces uno de los chicos que subía al autobús empezó a hablar con ellos, y pronto me estaban señalando. Uno de los hombres me llamó:

—¡Oye! Más te vale bajar. Tenemos que cortar esta cosa —Me agarré fuertemente a una rama, porque de la nada sentí como si me fuera a caer. Me las arreglé para no ahogarme.

—¿El árbol?

—Sí, ven abajo.

—¿Pero quién le ordenó cortarlo?

—¡El dueño! —me gritó.

—¿Pero por qué? —Incluso desde cuarenta pies arriba pude verlo fruncir el ceño.

—Porque va a construir otra casa y no puede hacerlo bien con este árbol interponiéndose. Ahora, vamos chico, ¡Tenemos trabajo que hacer! —Para ese momento la mayoría de los chicos ya estaban juntos esperando el autobús. No me estaban diciendo nada, solo me miraban y se volteaban para hablar entre ellos. Entonces Jimin apareció, así supe que el autobús ya casi llegaba. Miré hacia los techos y estaba seguro, ahí estaba, a no más de cuatro cuadras. Mi corazón se volvió loco del pánico. ¡No sabía qué hacer! ¡No podíairme y dejar que cortaran el árbol! Lloré.

—¡No lo pueden cortar! ¡Simplemente no pueden! —Uno de los hombres sacudió la cabeza.

—Estoy así de cerca de llamar a la policía. Estás subiendo ilegalmente y estás obstruyendo el progreso de una obra contratada. Ahora, ¿vas a bajar o lo tendremos que cortar contigo arriba?

—El autobús estaba a tres cuadras. Nunca faltaba a la escuela excepto por razones de enfermedad, pero sabía en mi corazón que hoy no me iba a subir al autobús.

—¡Tendrán que cortarlo conmigo arriba! —grité. Entonces tuve una idea. Nunca lo cortarían si todos nos subíamos juntos. ¡Tendrían que escuchar! —¡Oigan chicos! —les grité a mis compañeros —¡Suban conmigo! ¡No podrán cortarlo si estamos todos aquí arriba! ¡Jimin! ¡Vamos, chicos! ¡No dejen que hagan esto! —Ellos se pararon ahí, mirándome. Podía ver el autobús, a una cuadra —¡Vamos, chicos! ¡No tienen que subir tan alto! Solo un poco. ¡Por favor! —El autobús llegó y se estacionó frente a los camiones, y cuando las puertas se abrieron, mis compañeros, uno a uno, se subieron. Lo que pasó después de eso es borroso. Recuerdo que los vecinos se reunieron, y la policía con megáfonos. Recuerdo a la brigada de bomberos, y un hombre que decía que era su árbol y que más me valía bajarme de él. Alguien llamó a mi mamá, quien lloró y abogó y actuó para nada como una madre sensible debería, pero no iba a bajar. No iba a bajar. Entonces mi papá llegó corriendo. Saltó de su camioneta, y después de hablar con mi madre por unos cuantos minutos, consiguió que el chico del recolector lo llevara hasta donde estaba. Después de eso todo se había terminado. Empecé a llorar y traté de que viera los techos, pero no lo hizo. Él dijo que ninguna vista valía mi seguridad. Me bajó y me llevó a la casa, solo que no podía quedarme ahí. No podía aguantar el sonido de las motosierras tan cerca. Así que papá me llevó con él al trabajo, y mientras ponía una pared de ladrillos, me senté en la camioneta y lloré. Debí haber llorado por dos semanas seguidas. Oh claro, fui a la escuela y funcioné de la mejor manera que pude, pero no me quería subir al autobús. Empecé a usar mi bicicleta en lugar, tomando el camino largo así no tendría que pasar por la calle Collier. A lado de una pila de aserrín que solía ser el árbol de sicomoro más magnificante de la tierra. Entonces una tarde estaba encerrado en mi habitación y mi papá llegó con algo debajo de una toalla. Podía darme cuenta que era una pintura porque así es como transporta las que son importantes cuando las enseña en el parque. Se sentó, dejando la pintura en el piso frente a él.

—Siempre me gustó ese árbol tuyo —dijo —Incluso antes de que me contaras acerca de él.

—Oh, papá, está bien. Lo superaré.

—No Kookie. No lo harás —Empecé a llorar.

—Era solo un árbol...

—Nunca quiero que te convenzas de eso. Tú y yo sabemos que no es cierto.

—Pero, papá...

—Tenme paciencia un minuto, ¿quieres? —Respiró profundamente —Quiero que el espíritu de ese árbol este contigo para siempre. Quiero que recuerdes como te sentías ahí arriba —Dudó por un minuto, entonces me dio la pintura —Así que hice esto para ti —Quitó la toalla, y ahí estaba mi árbol. Mi hermoso, y majestuoso árbol de sicomoro. Las ramas que pintó eran del color del amanecer, y me parecía que podía sentir el aire. Y arriba del árbol había un pequeño niño mirando a la distancia, con sus mejillas rojas con el viento. Con alegría. Con magia.

—No llores, Jungkook. Quiero que te ayude, no que te lastime —Me limpié las lágrimas de las mejillas y respiré ruidosamente.

—Gracias, papá —respiré —Gracias —Colgué la pintura del otro lado de mi cama. Es lo primero que veo cada mañana y lo último que veo en la noche. Y ahora que puedo verla sin llorar, veo más que el árbol y lo que estar arriba de sus ramas significaba para mí. Ahora veo el día en que cambié mi forma de ver las cosas.